

MEREOLÓGIA Y ONTOLOGÍA: CONDICIONES DE IDENTIDAD DE OBJETOS COMPUESTOS*

Manuel Pérez Otero

Dpto. de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia
Universidad de Barcelona

Resumen

Hay una concepción muy influyente sobre las condiciones de identidad de los objetos físicos, defendida, entre otros, por Quine y D. Lewis. Según dicha concepción (i) si a y b ocupan la misma región espacio-temporal entonces $a = b$, (ii) los objetos que persisten a través del cambio tienen partes temporales diferentes en momentos de tiempo diferentes, y (iii) los objetos macroscópicos típicos son idénticos a entidades compuestas a partir de sus partes en un modo consistente con los principios de la mereología. En este artículo presentamos algunas dificultades que tiene esa concepción, relacionadas con la vaguedad y con la modalidad. Esas dificultades pueden evitarse adoptando una concepción alternativa sobre la identidad y la persistencia a través del cambio como la que defiende Wiggins.

Palabras clave: Continuante, parte temporal, mereología, vaguedad, constitución, identidad.

Abstract

There is a influential view about the identity conditions of physical objects sustained, for instance, by Quine and D. Lewis. According to it (i) if a and b occupy the same spatio-temporal area then $a = b$, (ii) things persist through change by having different temporal parts at different times, and (iii) typical macroscopic objects are identical to entities compound from parts of them in a way consistent with the principles of mereology. I present here some difficulties that such a view has, mainly related with vagueness and modality. These problems are avoided if we adopt an alternative conception about identity and persistence through change like that defended by Wiggins.

Key words: Continuant, temporal part, mereology, vagueness, constitution, identity.

Hay una influyente concepción sobre la identidad de los objetos físicos que presenta a estos como entidades compuestas por partes temporales

* Este trabajo ha sido posible gracias a una beca concedida por el «Comissionat per a Universitats i Recerca de la Generalitat de Catalunya», y forma parte, también, del proyecto de investigación número PB93-1049-C03-01 subvencionado por la DGES del Ministerio de Educación. Su contenido constituye básicamente las secciones 3.1 y 3.2 de mi tesis doctoral *Conceptos modales e individuación*. Algunos de los resultados expuestos aquí son fruto de discusiones en un seminario sobre el concepto de identidad, coordinado por Manuel García-Carpintero, que se celebró en el Departamento de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Barcelona durante el curso 1994-95. Agradezco a los profesores José Antonio Díez Calzada, Manuel García-Carpintero e Ignacio Jané sus comentarios y críticas a versiones anteriores del texto.

propias y mediante ciertos modos de composición específicos. Queremos señalar en este trabajo algunas dificultades que aquejan a dicho punto de vista, y que pueden evitarse desde un marco diferente.

La concepción a la que nos referimos se manifiesta, por ejemplo, en Quine (1976), al indicar Quine cuales considera que son las condiciones de individuación transtemporal de objetos, es decir, qué determina que el objeto *a* que existe en cierto momento de tiempo y el objeto *b* que existe en un momento de tiempo posterior sean idénticos:

«Considérese mi amplia concepción de objeto físico: el contenido material de cualquier porción de espacio-tiempo, por disperso y discontinuo que sea. Equivalentemente: cualquier suma o agregado de eventos puntuales. (...) Hay un objeto físico una parte del cual es un estadio momentáneo de un dólar de plata que está ahora en mi bolsillo y el resto del cual es un segmento temporal de la Torre Eiffel a lo largo de su tercera década (...).

Así pues, dos objetos momentáneos cualesquiera tomados en momentos diferentes son rebanadas temporales de un mismo objeto físico extendido temporalmente; rebanadas temporales, en efecto, de cada uno de muchos objetos de esa índole. Considérese, pues, el presente estadio momentáneo de ese dólar de plata que está en mi bolsillo (bolsillo que sin él estaría vacío); y considérese un estadio momentáneo de esa misma moneda el martes próximo, de nuevo en mi bolsillo (que sin él seguiría vacío). Un objeto del cual estos dos objetos momentáneos son rebanadas temporales es la moneda. Otro objeto del cual son rebanadas temporales es el contenido monetario de mi bolsillo —un objeto discontinuo que ha tenido un cierto contenido de níquel y de cobre a lo largo del tiempo (...).

La identificación de un objeto en dos momentos adquiere contenido sólo cuando indicamos qué tipo de objeto requerimos. Los dos objetos momentáneos que acabamos de considerar son en verdad rebanadas temporales de *la misma moneda*¹.

Nos interesa destacar dos importantes consecuencias implicadas por esas palabras de Quine:

(1) Un cierto principio sobre la individuación de objetos físicos: si *a* y *b* ocupan la misma región espacio-temporal entonces $a = b$. Denominémosle el *Principio CI* («CI» por «constitución es identidad», cuyo sentido comentaremos enseguida);

(2) la tesis de que los objetos macroscópicos típicos (como las monedas, las personas o los árboles), que existen durante intervalos de tiempo determinados, están compuestos por partes temporales propias, partes del objeto que sólo existen durante algún subsegmento propio del tiempo en que existe el objeto total (quizá, incluso, por partes instantáneas). A esta tesis se la conoce como *la metafísica de las partes temporales* (en adelante *MPT*).

Un tercer ingrediente no aparece quizá suficientemente explicitado por Quine, pero lo postula con claridad David Lewis, el otro gran defensor de las ideas metafísicas que estoy presentando; se trata de:

(3) La identificación de los objetos con sumas o agregados mereológicos

¹ Quine, 1976, pp. 859-860.

de tales presuntas partes temporales (o de partes de cualquier otro tipo)².

La tesis principal que motiva este artículo concierne a ese punto (3), aunque tiene implicaciones respecto a (1) y (2).

La MPT y el Principio CI (que le es afín) han conservado un fuerte prestigio entre muchos filósofos al menos desde Hume. Esas tesis, especialmente el Principio CI, revelan una concepción ontológica que otorga una cierta prioridad al *medio* espacio-temporal ante las entidades que lo *ocupan*³. No estoy en condiciones de perfilar con cierta nitidez dicha concepción (y mucho menos de evaluarla) más allá de lo que supone su compromiso con esas tesis. En esa medida, sin embargo, quisiera contrastarla con una concepción alternativa defendida, entre otros y especialmente, por David Wiggins. En su obra *Sameness and Substance* (Wiggins, 1980) Wiggins elabora y defiende minuciosamente una teoría aristotélica de la individuación de objetos que, por lo que sé, está libre de las objeciones que voy a presentar a la concepción Quine-Lewis.

La MPT suele ofrecerse como parte de una solución a lo que Lewis ha llamado el *problema de los intrínsecos temporales*⁴. Siguiendo la terminología de Mark Johnston, que se utiliza, por ejemplo, en Lewis (1986), digamos que algo *persiste* si y sólo si existe en diferentes momentos de tiempo; algo *perdura* si y sólo si persiste teniendo partes temporales diferentes en momentos de tiempo diferentes, aunque ninguna de sus partes está completamente presente en más de un momento de tiempo; finalmente, algo *subsiste* si y sólo si persiste estando completamente presente en más de un momento de tiempo⁵.

Entidades que perduran son los eventos, y, de entre ellos, típicamente los procesos: partidas de ajedrez, guerras, carreras. Objetos macroscópicos paradigmáticos serían entidades que aparentemente (enseguida describiremos dicha apariencia) no perduran; no tienen partes temporales propias sino que están enteramente presentes en cada momento del tiempo en que existen, es decir, su modo de persistir es la subsistencia. A los objetos macroscópicos, cuando se los considera en relación con ese presunto rasgo suyo de la subsistencia, se les denomina *continuentes*.

Surge entonces el problema de los intrínsecos temporales: ¿cómo es posible el cambio (intrínseco)? ¿cómo es posible que un continente adquiera o pierda propiedades intrínsecas con el transcurso del tiempo? Consideremos una hoja de árbol que cambia de color en otoño. En septiembre la hoja, *a*, es verde; en octubre la hoja, *b*, no es verde, es marrón. Pero si $a = b$ parece que se viola la Ley de Leibniz (o ley de indiscernibilidad de los idénticos) que podemos expresar mediante el esquema

² Ver Lewis, 1991, pp. 1-3 y, en general, sobre la mereología sus páginas 72-87 así como, por ejemplo, Goodman y Leonard, 1940.

³ Observaciones concisas sobre dicha prioridad y sus alternativas se hallan en la nota 55 del capítulo 1 de Lewis, 1986.

⁴ El propio Quine la presenta así en Quine, 1950, pp. 65-66.

⁵ Lewis, 1986, p. 202. He optado por «persistir», «perdurar» y «subsistir» como traducciones respectivas de «persist», «perdure» y «endure».

Si $x = y$ entonces $(\alpha(x) \leftrightarrow \alpha(y))$

Lewis enumera tres soluciones posibles (ver Lewis, 1986, p. 204). La primera consiste en negar que el color sea realmente una propiedad intrínseca; se trata de una relación con momentos de tiempo. En general, las aparentes propiedades intrínsecas temporales de los continuantes serían relaciones, relaciones con momentos de tiempo. Lewis considera insostenible afirmar que la forma o el color sean relaciones en vez de propiedades.

Según la segunda de las soluciones, el único momento de tiempo que realmente existe es el presente. Así, aunque el color sea una genuina propiedad, no una relación, las únicas propiedades que un objeto tiene son las que tiene *ahora*, y no es cierto que la hoja sea ahora verde y no verde. Pero esta solución no sólo rechaza que haya objetos subsistentes, rechaza también cualquier tipo de persistencia (al menos del modo en que se han definido esas nociones).

La solución aceptada por Lewis involucra la MPT. Las diferentes propiedades intrínsecas temporales (color, forma) pertenecen a cosas diferentes. No existen continuantes que subsistan. Todo lo que persiste tiene partes temporales propias y persiste perdurando. Las propiedades intrínsecas temporales las poseen las partes temporales. Los objetos macroscópicos típicos (y cualquiera que sea sujeto de cambio) están compuestos de algún modo de diferentes partes temporales unificadas mediante algún tipo de relación.

Sally Haslanger hace un planteamiento más lingüístico de las posibles soluciones al problema de los intrínsecos temporales resultando una clasificación quizá más clarificadora⁶. Las diferentes soluciones consisten en diferentes modos en que podría añadirse un indicador de tiempo a un enunciado como «la hoja es verde». El indicador podría ser adjuntado

- (i) al sujeto: la-hoja-en-t es verde.
- (ii) al predicado: la hoja es-verde-en-t.
- (iii) a la cópula: la hoja es-en-t verde.
- (iv) o a la cláusula entera: en t, la hoja es verde.

Tanto Haslanger como Mark Johnston (ver Johnston, 1987) favorecen la opción (iii) que, a nuestro parecer, efectivamente es la más adecuada. Esa opción permite mantener que los continuantes persisten subsistiendo, es decir, estando enteramente presentes en cada momento en que existen. Y la MPT se compromete con una versión de (i). Según Lewis, la solución *adverbial* propugnada por Haslanger y Johnston es una variante de su primera solución (Lewis, 1987, pp. 65-67). Creemos, no obstante, que eso es dudoso, aunque quizá hiciera falta explicitar más cuál es la diferencia entre propiedades y relaciones para poder evaluarlo (la opción (ii) sí que se correspondería con esa primera solución considerada y rechazada por Lewis). En

⁶ Ver Haslanger, 1989, pp. 7-8, donde está el ejemplo de la hoja de árbol. Quizá parecería más razonable representar la opción (ii), de adjunción del indicador temporal al predicado, mediante «la hoja es verde-en-t»; Haslanger hace un breve comentario al respecto en su nota 9.

cualquier caso la opción (iii) será preferible a la (i) si, contra lo que postula la MPT, los continuantes tienen partes espaciales pero no partes temporales propias⁷.

Las razones por las que el partidario de la MPT postule la existencia de partes temporales de continuantes pueden ser de diferente índole. Una de tales razones dependería de consideraciones sobre nuestro uso del lenguaje natural: tenemos expresiones como «el joven Wittgenstein» o «el Carnap de los años 30» que parecen referir a partes temporales de continuantes; por lo tanto, en principio, deberían reconocerse tales partes.

Contra dicha razón puede ofrecerse una réplica: esas expresiones que presuntamente referirían a partes temporales propias de continuantes resultan perfectamente interpretables como refiriendo al continuante en su totalidad: es perfectamente admisible la sentencia «el joven Wittgenstein que escribió el *Tractatus* se convirtió, con el transcurso del tiempo, en el crítico más agudo de ese libro». No habría, pues, necesidad de postular partes temporales propias de continuantes.

Podría pensarse que apelar al lenguaje natural no proporciona razones de mucho peso para defender que existan entidades de cierto tipo, y, consiguientemente, la réplica, en nuestro caso, tendría poca importancia. Pero creemos que no es así. Consideremos los paradigmas de entidades a las que se les reconoce que tienen partes temporales propias: los eventos. Tomemos un evento complejo cualquiera, por ejemplo, un partido de fútbol. Es claro que el partido no es idéntico a una cierta fase temporal suya como, por ejemplo, la primera mitad. Pues bien, un dato importante en favor de la existencia de partes temporales propias de los eventos es que hay modos de referirnos inequívocamente a tales partes, a diferencia de lo que ocurre con los continuantes. «La primera parte del partido» refiere inequívocamente a una parte del partido que no es idéntica al todo: lo atestigua, por ejemplo, nuestra extrañeza ante sentencias como «la primera parte del partido, que fue muy aburrida, se convirtió en una segunda parte apasionante»; estamos tentados de corregir mediante algo como «la primera parte del partido, que fue muy aburrida, fue seguida de una segunda parte apasionante».

Aunque «el joven Wittgenstein» también fuera interpretable como refiriendo a una presunta parte temporal propia de Wittgenstein, este hecho no borra la asimetría que, *prima facie*, hallamos entre eventos y continuantes: hay expresiones cuya única interpretación posible les otorga como referencia partes temporales propias de eventos; no hay tales expresiones para el caso de los continuantes.

Ciertamente «la adolescencia de Juan» no refiere a lo mismo que «la madurez de Juan»; pero ninguna de ellas refiere a partes de Juan sino que, precisamente, ambas refieren a partes temporales de un evento, la vida o la historia de Juan, que sería erróneo identificar con Juan (recuérdese la cita

⁷ Wiggins está entre los que mantienen esta postura; ver Wiggins, 1980, pp. 25-26 y, en general, su nota 1.11.

de Shoemaker de la sección anterior). Vale la pena mencionar también que algunos usos de «el primer Wittgenstein» en los que su referencia es diferente de la referencia de «el segundo Wittgenstein» son casos en que dicha referencia tampoco es una persona, sino, presumiblemente, diferentes obras filosóficas.

Así pues, la apelación al lenguaje natural *podría* ser una buena razón para postular partes temporales propias de continuantes (como lo es en el caso de los eventos), pero no lo es. Esa asimetría entre la relación lenguaje/eventos y la relación lenguaje/continuantes quizá sea un indicio de una asimetría entre eventos y continuantes: los primeros tendrían partes temporales propias, pero los segundos no las tendrían. Una teoría que no respetase esa presunta asimetría entre continuantes y eventos (como ocurre con la MPT) sería preferible si hubiera alguna otra razón para defender que los continuantes tienen partes temporales propias; por ejemplo, si tal teoría fuese la única solución al problema de los intrínsecos temporales. Pero como hemos visto ya, sí hay otras soluciones (por ejemplo, la solución *adverbial* de Johnston y Haslanger) que son consistentes con la subsistencia de los continuantes⁸.

Otro problema relacionado con la MPT concierne al modo en que los partidarios de esa concepción reconstruyen los continuantes, consistentemente con el Principio CI; se trata de la tesis (3) mencionada al principio. Dicho de modo muy conciso: los *todos* que suelen proponerse como idénticos con gatos, personas y otros continuantes familiares típicos son generalmente fusiones mereológicas de partes componentes suyas como moléculas, células o lonchas temporales (en esta crítica, que es independiente de la anterior, no voy a presuponer que los continuantes no tengan partes temporales propias). Tales fusiones, sin embargo, son, de modo similar a los conjuntos, especialmente *sensibles* a la identidad de esas partes componentes (en el sentido de «sensible» que describiré); los continuantes, por las razones que voy a ofrecer, carecen de esa sensibilidad y, por consiguiente, no pueden identificarse con esas fusiones.

Entre las formas o modos de composición de entidades a partir de otras entidades existe uno relativamente familiar: el modo de composición *conjuntista*, esto es, aquella forma de configuración o determinación de entidades compuestas a partir de partes componentes en la que la entidad compuesta es el conjunto cuyos miembros son las entidades componentes.

Los conjuntos son absolutamente sensibles a la identidad de sus partes componentes en el sentido de que un cierto *todo*, el conjunto A, compuesto a partir de ciertas partes (sus miembros) no es idéntico a ningún otro *todo* que no esté compuesto exactamente por todas y cada una de las entidades que integran a A.

⁸ Esta objeción a la MPT procede del profesor M. García-Carpintero. Las observaciones de los profesores J. A. Díez Calzada e I. Jané nos han ayudado a formular con más claridad la objeción.

Otro rasgo de los conjuntos es la dirección contraria de la implicación anterior, es decir, el principio de extensionalidad: si A y B son conjuntos cuyas partes son las mismas entonces $A = B$.

Ambos rasgos confieren a la postulación de conjuntos una relativa *inocencia* por cuanto que si se conocen las condiciones de identidad de las entidades componentes se conocen también las condiciones de identidad de la entidad compuesta, el conjunto. Y otro aspecto relacionado con esa inocencia es la *universalidad* del modo de composición conjuntista: dado que para todo tipo o categoría de entidades debe haber condiciones de identidad para las entidades de ese tipo, cualesquiera entidades pueden componer un conjunto, con las únicas restricciones que se desprendan de una concepción de la formación de conjuntos que complementen esos rasgos sobre los conjuntos con algunos otros suficientes para justificar que no se produzcan paradojas relacionadas con clases propias (la concepción iterativa de los conjuntos, según creemos, proporciona tal justificación).

Por todos esos motivos podría decirse que el modo de composición conjuntista es muy *reductivista*. Sin embargo, eso suena bastante extraño, principalmente, a nuestro parecer, porque no se suele proponer *reducir* a conjuntos objetos físicos familiares identificados previamente al margen de la teoría de conjuntos (nos ceñimos al caso de los objetos físicos porque el marco de esta discusión es el tema de la identidad de los continuantes).

Pero justamente, algunos partidarios de la MPT, como Quine y Lewis, sí proponen identificar los continuantes con entidades que son el resultado de un modo de composición a partir de partes similar al conjuntista: el de la mereología.

La mereología se propone como una teoría general sobre la relación de ser parte de un todo, en un sentido muy amplio de «parte» y «todo» (aunque, en cierto modo, menos amplio que el que hemos estado usando al ver los conjuntos como *todos* compuestos cuyas partes son sus miembros). Si tomamos, por ejemplo, la noción de parte como primitiva podemos definir una *fusión* o *suma mereológica* de ciertas entidades como una entidad que tiene como partes a todas ellas y no tiene ninguna parte que no se solape con ninguna de ellas (*X* e *Y* se solapan si y sólo si tienen alguna parte en común). Axiomas de la teoría garantizan la transitividad de la relación de ser parte de, así como que para cualesquiera entidades existe una fusión de ellas (Composición Irrestricida) y que no existen dos fusiones diferentes de las mismas cosas (Composición Única)⁹.

⁹ Estamos siguiendo la presentación de Lewis, 1991, pp. 72-74. Uno de los propósitos básicos de Lewis en su libro era reconstruir la teoría de conjuntos a partir de una noción primitiva de conjunto unitario más mereología. Los conjuntos son vistos entonces como fusiones mereológicas cuyas partes son exactamente sus subconjuntos (ver Lewis, 1991, pp. 3-7). Parece que ésa sería la manera adecuada de discernir *partes* en los conjuntos de modo consistente con los axiomas de la mereología; y por esa razón hemos afirmado que el sentido de «parte» en que los miembros de los conjuntos pueden considerarse sus partes es, de alguna manera, más amplio. Más amplio, y no meramente diferente: tomando a Sócrates y Platón como *partes* el modo conjuntista de

La *inocencia* de la postulación de fusiones mereológicas es mayor incluso que la de la postulación de conjuntos, según Lewis. Dado nuestro compromiso con la existencia de Sócrates y de Platón, el reconocer la existencia de {Sócrates, Platón} requiere un compromiso ontológico ulterior; la postulación de conjuntos no es, después de todo, tan inocente (ver Lewis, 1991, p. 6). Pero si nos comprometemos con la existencia de Sócrates, afirmar que existe algo idéntico a Sócrates no supone incremento alguno en nuestro compromiso ontológico; Lewis afirma que la relación de partes con el todo, de las entidades con su fusión es, a este respecto, como la identidad: si afirmamos que existen ciertas entidades, nuestro compromiso al afirmar la existencia de su fusión es enteramente redundante (ésta es su Tesis de la *Composición como Identidad*, Lewis, 1991, pp. 81-87).

La liberalidad en la formación de fusiones mereológicas sería, pues, tan irrestricta, cuando menos, como la liberalidad en el coleccionar elementos formando conjuntos. Pero más relevante aún para nuestra discusión es que las fusiones son también absolutamente sensibles a la identidad de sus partes. Es cierto que la fusión de X e Y puede ser idéntica a la fusión de U y V aunque X no sea U ni V e Y tampoco sea U ni V (la *sensibilidad a la identidad de las partes* no ha de entenderse de modo que tal posibilidad quede prohibida). Pero una fusión A de ciertas entidades no es idéntica a ninguna otra fusión que no tenga como partes cada una de esas entidades cuya fusión es A.

Los continuantes típicos (gatos, personas, estatuas, piedras) no son objetos simples. De una u otra manera esos tipos de entidades son resultado de ciertos modos de composición específicos a partir de ciertas partes más básicas.

La dificultad de la MPT que estamos mostrando reside en que las entidades compuestas que sus partidarios ofrecen para desempeñar el papel de continuantes (pienso principalmente en Lewis pero recordemos, también, las palabras de Quine citadas al inicio de la sección anterior: «Considérese mi amplia concepción de objeto físico: (...) cualquier suma o agregado de eventos puntuales»), es decir, las fusiones mereológicas, son mucho más sensibles a la identidad de sus partes de lo que parecen serlo los continuantes. A ese rasgo de los continuantes, su poca rigidez o sensibilidad ante la identidad

composición de entidades forma la entidad {Sócrates, Platón} y el modo mereológico de composición de entidades forma la fusión de Sócrates y Platón; tomando como partes a {Sócrates, Platón} y {Aristóteles} el modo conjuntista forma {{Sócrates, Platón}, {Aristóteles}} y, si Lewis está en lo correcto, el modo mereológico forma {Sócrates, Platón, Aristóteles}. Ese sentido de «parte» es más amplio, por lo tanto, en el sentido de que cuáles sean las diferentes partes de un todo depende de qué modo de composición de ese todo se considere, sin suponer que el modo mereológico es el único existente. (Aunque si la transitividad efectivamente es uno de los rasgos constitutivos de la relación de *ser parte de*, entonces nuestro sentido de «parte» sería demasiado general). Otro modo de composición no mereológico es, según Armstrong, el de los hechos o estados de cosas: que *a* sea F tiene como partes constituyentes al objeto *a* y al universal F (Armstrong, 1993, p. 40).

de las partes que los integran, lo denomino *robustez*¹⁰. El carácter robusto de los continuantes se pone de manifiesto al menos en dos tipos de fenómenos:

(a) El primero atañe a la vaguedad. Es una dificultad que P. Unger ha bautizado como «el problema de los muchos» (Unger, 1980). Supongamos que Morgan es el único gato que hay sobre el felpudo. Según Lewis, Morgan no es sólo la fusión mereológica de la cabeza de Morgan y el resto del cuerpo o de su mitad izquierda y su mitad derecha; es la fusión de cualesquiera partes de Morgan, por ejemplo, de las moléculas de Morgan (con toda probabilidad las presuntas lonchas temporales de Morgan habrían de ser lo suficientemente finas como para originar también el problema). Ahora bien, los límites entre Morgan y su entorno son vagos en el sentido de que, por ejemplo, hay moléculas de las que no sólo no podríamos decidir si son o no del gato sino que ningún rasgo objetivo del mundo determina una respuesta a esa cuestión. Por consiguiente, existirán muchos conjuntos diferentes de moléculas (A, B, C, ...) con igual fundamento para ser *el* conjunto de las moléculas cuya fusión es Morgan. Reconocida la existencia de moléculas y el uso de la mereología debemos reconocer la existencia de muchos objetos: la fusión de A (entiéndase la fusión de los miembros de A), la fusión de B, la fusión de C, ... Llamemos *fusiones gatunas* a cada uno de esos objetos. Si además identificamos los gatos con fusiones mereológicas gatunas, entonces todos esos objetos son gatos; la conclusión es que hay muchos más gatos en el felpudo de lo que parecía.

La solución de Unger es bastante radical; estamos ante un dilema: o bien hay una gran multitud de gatos, mesas o nubes que sobrepasa con mucho la cantidad de ellos que hubiéramos conjeturado comúnmente, o bien no existen en absoluto tales objetos macroscópicos familiares; Unger opta por esta segunda vía.

Veamos cuál es la actitud de Quine:

«Incontables agregados de moléculas que difieren en ligeros detalles tienen igual fundamento para ser mi escritorio. (...) Cada uno de esos candidatos visualmente indiscriminables a ser mi escritorio es un objeto físico distinto, individuado por el requisito de coextensividad espacio-temporal (...).

¿Vamos a privar de la condición de 'objeto físico' a las mismísimas cosas que han sido sus prototipos —escritorios y montañas? Sí y no. Se requiere un cierto ajuste y el lugar en que yo lo haría es en el intervalo entre lógica formal y los términos a los que se aplica. Consideremos, para empezar, la noción clásica de extensión de un término general. La extensión del término 'escritorio' es considerada convencionalmente como la clase de sus denotata, considerados como objetos físicos. Siendo realistas podemos reconocer más bien una *familia extensional* (*extension family*), tal y como la llamaré. Es una familia de clases vagamente delimitadas, consistiendo cada clase en varios objetos físicos encajados (*nested*), cualquiera de los cuales sería igualmente apto como uno y el mismo escritorio. Cuando

¹⁰ Tomo el término por analogía con uno de sus usos en que califica ciertas características de leyes o de propiedades no básicas; ver, por ejemplo, Fodor, 1990, pp. 90-91.

utilizamos la lógica formal en relación con el discurso sobre escritorios, entonces adoptamos la ficción de que la extensión es una arbitraria y no especificada clase escogida de esta familia de clases; (esa clase) escoge un objeto físico de cada una (de las clases de la familia). (...) Ése se me ocurre que es el modo razonable de acomodar la vaguedad: no en una lógica de la vaguedad, sino en la explicación de la aplicación de una lógica de la precisión»¹¹.

Ese punto de vista no difiere en lo esencial del adoptado por Lewis, quien aplica el método de las *supervaluaciones* de Van Fraassen (1966). Un modo de poder decir que únicamente una fusión gatuna, pongamos la fusión de C, es un gato, mientras el resto de los candidatos tienen *casi* el mismo fundamento que la fusión de C pero no son gatos, consiste en alegar que eso es lo que resultaría si tomásemos ciertas decisiones semánticas que usualmente no tomamos (y quizá no podemos tomar). Para cada fusión gatuna hay una posible decisión semántica que establece con precisión un sentido de «gato», y según la cual esa fusión es un gato.

Esa arbitrariedad no es problemática porque usualmente nuestra indecisión semántica no importa: por lo general, lo que queremos decir será verdadero cualquiera que fuese el modo de resolver la indecisión semántica que adoptáramos. Y, por ello, no importa tampoco que no tomemos, de hecho, ninguna de esas decisiones. Digamos que una sentencia es *super-verdadera* si y sólo si es verdadera bajo cualesquiera decisiones semánticas que se tomaran; es *super-falsa* si y sólo si es falsa bajo cualesquiera decisiones semánticas que se tomaran; si bajo ciertas decisiones es verdadera y bajo otras falsa, la sentencia tiene una *brecha* (*gap*) en el valor de super-verdad. La super-verdad entonces, y no la verdad, se concibe como uno de los objetivos de los hablantes al intentar impartir información. Efectivamente, toda interpretación *pretendida* (*intended*) de nuestro lenguaje selecciona una única fusión gatuna sobre el felpudo como el referente de «Morgan», incluyéndola en la extensión de «gato» y excluyendo al resto. Por lo tanto es super-verdadero que hay un único gato, Morgan, sobre el felpudo, y estamos, pues, justificados en afirmarlo¹².

Nos interesa mencionar, también, la réplica de Lewis a una posible objeción: aplicando la regla super-valoracionista deberíamos decir, ya que es super-verdadero, que las diferentes fusiones gatunas *no* tienen el mismo

¹¹ Quine, 1985, pp. 167-168.

¹² Ver Lewis, 1993, pp. 28-29. Lewis ofrece también otra solución al problema de los muchos (Lewis, 1993, pp. 33-34): si concebimos la identidad como una relación de solapamiento, el sentido filosófico habitual de «idéntico» correspondería sólo al caso extremo de identidad estricta o completa (solapamiento total); en la otra punta del espectro estaría el ser completamente distintos, sin ninguna parte en común. En ese caso, estrictamente hablando, hay muchos gatos sobre el felpudo. Pero tiene perfecto sentido decir que cualesquiera dos de ellos son *casi completamente idénticos*. Y es cierto, pues, que para cierto x , x es un gato sobre el felpudo y cualquier otro gato sobre el felpudo es casi idéntico a x . Sin embargo, entiendo que ésta es una solución sólo parcial ya que el núcleo del problema permanece después de que constatemos que nuestro uso filosófico de «idéntico» significa identidad estricta y digamos que, aparentemente, hay muchos gatos *que no son estrictamente idénticos* en el felpudo.

fundamento para ser un gato. Parecería, entonces, que la solución super-va-luacionista funciona demasiado bien porque no permite siquiera formular el problema de los muchos. Según Lewis la aplicación de la regla está restringida por principios pragmáticos familiares sobre la interpretación (por ejemplo, entendamos lo que se dice, si es posible, de modo que sea verdadero). Así pues, si queremos restituir a la afirmación de que aquellas fusiones tienen igual fundamento para ser un gato lo que de correcto parecía haber en ella debemos interpretarla sin aplicar la regla supervaluacionista. Dejando en suspenso la regla, entonces, es correcto decir que hay muchos gatos sobre el felpudo. Pero, afirma Lewis, no es nocivo admitir que en *algún* sentido hay, efectivamente, muchos gatos. Lo intolerable sería no disponer de ningún sentido natural en que poder decir que hay sólo un gato (Lewis, 1993, pp. 29-30).

Hay una solución diferente bien visible. Consiste en negar la identificación de las fusiones gatunas con los gatos. Es cierto que, de acuerdo con una posición mínimamente materialista, solemos decir que el gato *no es* más que las moléculas que lo componen, o que una estatua *es* cierta pieza de arcilla. Pero Wiggins muestra que sin renunciar a ese materialismo podemos interpretar el «es» que aparece en ese tipo de enunciados como predicando realmente no la identidad sino una cierta relación que denomina *constituir*¹³. No hay una definición explícita de la noción pero por las elucidaciones que aporta Wiggins parece desprenderse que la relación de *constituir* se da entre cualesquiera entidades que ocupen la misma región espacio-temporal. De ese modo, el «es» de la relación de identidad entre objetos físicos puede verse como un *determinado* del *determinable* «es» de la relación de *constituir*¹⁴. Naturalmente, diferenciar la identidad de la constitución supone negar el Principio CI («Constitución es identidad»): objetos físicos no idénticos pueden ocupar la misma región espacio-temporal. Creemos que básicamente la misma postura metafísica queda muy lúcidamente expresada por Sidney Shoemaker:

«Comparemos el status de aquellas series de estadios-de-cosas (...) que son historias de continuantes corrientes (objetos materiales o personas) con aquéllas —las llamaré ‘series artificiosas’ (*gerrymandered*)— que están hechas de estadios (o ejemplificaciones de propiedades) extraídos de las historias de continuantes corrientes diferentes, por ejemplo, las series que consisten en los estadios de mi cuchillo los días par del mes y los estadios de mi gato los días impar. Podemos coincidir en que estas series están ontológicamente a la par *qua* series; igualmente las sumas mereológicas de los miembros de las series están ontológicamente a la par *qua* sumas mereológicas. Una serie o suma mereológica es tan real como cualquier otra. Algunos filósofos concluirían a partir de esto que los continuantes corrientes están ontológicamente a la par con entidades cuya existencia no es

¹³ Ver Wiggins, 1980, pp. 30-34 y nota 1.19; y en Johnston, 1992, especialmente sus últimas páginas, encontramos observaciones interesantes sobre diferencias metodológicas que pueden dividir a partidarios y detractores de identificar constitución con identidad.

¹⁴ En algunas ocasiones «constituir» sugiere una relación no simétrica, pero Wiggins entiende que su uso del término recoge más adecuadamente la noción; ver Wiggins, 1980, nota 1.19.

reconocida habitualmente —entidades que corresponden a, o simplemente son, las series artificiosas (o las sumas mereológicas de los miembros de esas series). Esto me parece claramente erróneo. En primer lugar, del hecho de que las historias de los continuantes estén, *qua* series o sumas de estadios-de-cosas, a la par con las series artificiosas, no se sigue que los continuantes mismos estén a la par con las series artificiosas; pues los continuantes no son idénticos con las series o sumas de estadios que son sus historias. Y si se dice que los continuantes corrientes están ontológicamente a la par con las entidades de las cuales las series artificiosas son historias, yo replicaría que sencillamente no hay tales entidades con las que estar ontológicamente a la par. En cualquier caso, (...) me parece intuitivamente correcto que no hay ninguna entidad que corresponda a una serie artificiosa y que se relacione con ella en el modo en que los continuantes corrientes se relacionan con las series de estadios-de-cosas que son sus historias»¹⁵.

El rechazo del Principio CI está motivado, en Wiggins, por exigencias de su teoría de la individuación más relacionadas, quizá, con el otro fenómeno que ilustra la robustez de los continuantes (que enseguida vamos a abordar); pero también proporciona una solución al problema de los muchos que es preferible a las contempladas: hay un único gato en el felpudo, Morgan, porque aquellas diferentes fusiones gatunas tienen efectivamente igual fundamento para *constituir* a Morgan, pero no para *ser* Morgan.

La crítica principal que dirige Lewis a esa diferencia entre constitución e identidad es que simplemente transforma el problema de los muchos gatos en el problema de los muchos constituyentes del gato, ya que aunque distingamos el gato de las fusiones gatunas también quisiéramos decir que hay una única fusión gatuna que constituye a Morgan¹⁶. Eso es indudable pero, en contra de lo que sugiere Lewis, sí es perceptible una ligera mejora en esa transformación.

Observemos, para empezar, que la diferenciación entre gatos y constituyentes es combinable con la aplicación del método super-valuacionista al problema que queda en pie, el de los muchos constituyentes del gato (aunque Lewis la presenta como si fuera una presunta solución alternativa). Es super-verdadero que hay una única fusión gatuna que es *la* fusión de moléculas que constituye a Morgan.

Lewis debe atribuir indeterminación semántica (bajo la forma de una brecha en el valor de super-verdad) a los enunciados «fusión de A = Morgan», «fusión de B = Morgan», «fusión de C = Morgan»,... Y la solución inspirada en Wiggins atribuirá esa indeterminación a los enunciados «fusión de A

¹⁵ Shoemaker, 1979, pp. 337-338; hemos incorporado en la traducción la corrección de lo que hemos considerado dos erratas del original. Ver también Wiggins, 1980, pp. 30-34.

¹⁶ Lewis, 1993, pp. 25-26. Lewis señala otra objeción que no estamos seguros de entender: incluso si Morgan es diferente de esas fusiones gatunas constituyentes suyas, éstas, afirma Lewis, son demasiado similares a los gatos (*cat-like*) para no ser gatos; así pues, también tendríamos muchos gatos: todas esas fusiones, y, además, como entidad diferente de cualquiera de ellas, Morgan (Lewis, 1993, p. 26). Pero para sustentar ese carácter muy *cat-like* de las fusiones gatunas alega, por ejemplo, que éstas también ronronean; eso parece una petición de principio contra la distinción constitución/identidad, pues el defensor de la distinción (si quiere mantener que sólo los gatos ronronean) negará que las fusiones gatunas ronroneen.

constituye a Morgan», «fusión de B constituye a Morgan», «fusión de C constituye a Morgan»,... La ventaja que queremos sugerir existe en esta última solución estriba en que tampoco da cabida a algún otro elemento antiintuitivo, mientras que Lewis debe decir (como ya hemos señalado) que en cierto sentido (el resultante de no aplicar la regla super-valoracionista) hay muchos gatos sobre el felpudo. Ciertamente hay muchas fusiones gatunas sobre el felpudo, pero eso es independiente de las supervaluaciones, ya que es una consecuencia inocua de la admisión de moléculas y el uso de la mereología. Y si reparamos en la vaguedad inicial en el límite entre el gato y su entorno que nos obligó a reconocer la existencia de diferentes fusiones gatunas candidatas a constituir a Morgan, que consistía en que para ciertas moléculas era vago o indeterminado que fueran moléculas de Morgan, entonces nos encontramos con que ningún aspecto esencial del fenómeno que suscita el problema de los muchos se echa de menos al describirlo mencionando sólo la indeterminación de aquellos enunciados («fusión de A constituye a Morgan», «fusión de B constituye a Morgan», «fusión de C constituye a Morgan»,...) y la existencia (nada problemática) de todas esas fusiones gatunas.

Quizá esa diferencia no bastara para motivar la distinción constitución/identidad pero ésta, como he indicado, tiene también otras bases. La cuestión concerniente a la vaguedad simplemente la reforzaría.

(b) El otro sentido en que los continuantes son robustos consiste en que los continuantes tienen diferentes propiedades modales que las poseídas por fusiones mereológicas de partes suyas (al menos si esas partes son suficientemente *pequeñas* comparadas con el continuante).

Sócrates pudo haber muerto a los 20 años. Pero la fusión mereológica de las moléculas que realmente han formado parte de él o de las presuntas partes temporales que realmente tuvo no pueden tener una extensión temporal únicamente de 20 años.

Utilizando el principio de la necesidad de la identidad (si $a = b$, entonces necesariamente $a = b$), vigorosamente defendido por Wiggins, podemos concluir que un continuante no es idéntico a una de esas fusiones mereológicas suyas.

Este fenómeno de la diferencia en propiedades modales tiene especial importancia porque no se da sólo entre continuantes y fusiones mereológicas. Si así fuera, alguien podría intentar salvar el Principio CI sobre la individuación de objetos físicos sin renunciar a la mereología mediante la estrategia de considerar a las fusiones mereológicas como objetos no físicos; se podría mantener la posibilidad de componer irrestrictamente fusiones mereológicas de cualesquiera entidades pero siendo las fusiones algún tipo de objeto abstracto sin localización espacio-temporal (así como los conjuntos pueden concebirse como entidades abstractas y de una categoría diferente de las de aquellos miembros suyos que no sean también conjuntos). Pero el fenómeno se da ya entre diferentes entidades intuitivamente consideradas objetos físicos: entre una estatua y la pieza de arcilla que la constituye, el

estanque y la cantidad de agua que contiene o, presumiblemente, entre Sócrates y su cuerpo. Es razonable tomar la muerte de una persona como el fin de su existencia; por consiguiente, incluso en el caso de un individuo, Federico, cuya muerte aconteciera simultáneamente con la destrucción del cuerpo, la persona y el cuerpo serían diferentes: en otras circunstancias posibles Federico muere por indigestión y su cuerpo sigue existiendo tras su muerte. O Federico es el mismo en un mundo en que pierde las piernas y los brazos aunque el cuerpo que posea en ese mundo no sea idéntico a su cuerpo real. Otro ejemplo aparece discutido en Gibbard (1975): una estatua, Goliat, y la pieza de arcilla de la que está hecha, Lump1, que coinciden en todos los momentos de sus existencias (Gibbard defiende la identidad contingente entre Goliat y Lump1).

Por lo tanto no sólo las condiciones de identidad de las sumas mereológicas son más rígidas, más sensibles a la identidad de sus componentes que la de los continuantes, sino que también diferentes categorías de continuantes (gatos y cuerpos, estatuas y piezas de arcilla,...) tienen, podríamos decir, diferentes *grados* de robustez.

Conviene hacer una observación. Antes hemos formulado una crítica a la idea de que los continuantes tengan partes temporales. El problema que estamos contemplando ahora, el de la robustez de los continuantes (en su doble faceta: vaguedad y modalidad), no es una objeción ulterior a esa misma idea o, en general, a la idea de que los continuantes sean entidades de algún modo compuestas por moléculas, o por células, o por partes temporales; es una objeción a la idea de identificar los continuantes con entidades compuestas por esas partes suyas *mediante un modo de composición específico* que es el de la mereología. La mera creencia (que consideramos falsa) de que los continuantes tienen partes temporales no nos aboca al problema de la robustez, como tampoco nos aboca a él la mera creencia (que consideramos verdadera) de que los continuantes tienen partes espaciales, o que tienen moléculas como partes suyas¹⁷.

Para Quine este aspecto modal de la robustez de los objetos no sería más que otra muestra de los inconvenientes que la admisión de las nociones modales trae consigo; en este caso una amenaza al Principio CI que tan nítidas condiciones de identidad para objetos físicos proporciona.

Lewis, sin embargo, comprometido con la inteligibilidad del discurso mo-

¹⁷ Por esa razón nos parece incorrecta la posición de Van Inwagen al afirmar que la MPT implica que los objetos son sumas mereológicas de partes temporales (ver Van Inwagen, 1990, p. 252). Tras esa afirmación Van Inwagen presenta, justamente, el problema de las diferencias modales entre continuantes y sumas mereológicas de partes temporales. Si tener partes temporales ya acarrearía ese problema entonces tampoco los eventos tendrían partes temporales ya que el fenómeno de la robustez también se da en los eventos; es decir, hay instantes para los que es indeterminado si durante ellos un partido de fútbol ha finalizado ya o no (vaguedad) y un partido de fútbol podría haber acabado dos minutos antes del momento en que realmente acabó (diferencia modal con sumas mereológicas de sus partes temporales). Debemos esta observación al profesor García-Carpintero.

dal, para cuyo análisis formuló su teoría de las *contrapartes* (Lewis, 1968), está obligado a defender la compatibilidad del Principio CI con esa diferencia intuitivamente reconocible, a primera vista, entre las propiedades modales de Federico y su cuerpo, o de Goliat y Lumpl.

Con ese propósito (aunque motivado por un ejemplo más discutible que los que hemos considerado: la posibilidad de que una persona pudiera cambiar de cuerpo) Lewis introduce, en Lewis, 1971, una importante revisión a la teoría de las contrapartes postulando una multiplicidad de diferentes relaciones de contraparte. Así, por ejemplo, en el caso de Federico y su cuerpo ocupando siempre la misma región espacio-temporal, Lewis quiere mantener como verdaderas tanto (10) como (11)

(10) Federico es idéntico a su cuerpo.

(11) Federico y su cuerpo son tales que podrían no ser idénticos.

La traducción de (11) al lenguaje de las contrapartes, en la primera versión de la teoría, era

(12) Hay un mundo W, una única contraparte X en W de Federico, y una única contraparte Y de su cuerpo, tales que X e Y no son idénticos que es incompatible con (10) (porque aplicando a [10] la Ley de Leibniz podemos obtener una sentencia contradictoria con [12]). Pero con la modificación propuesta por Lewis a su teoría en 1971 la traducción de (11) al lenguaje de las contrapartes es

(13) Hay un mundo W, una única *contraparte personal* X en W de Federico, y una única *contraparte corporal* Y de su cuerpo, tales que X e Y no son idénticos que, según Lewis, es una oración verdadera:

«(...) las relaciones de contraparte son una cuestión de semejanza global en una diversidad de respectos. Si variamos las importancias relativas de respectos diferentes sobre similitud y disimilitud, obtendremos relaciones de contraparte diferentes. Dos respectos de similitud o disimilitud entre cosas subsistentes son, primero, personalidad (*personhood*) y rasgos personales, y, segundo, corporeidad y rasgos corpóreos. Si asignamos mucho peso a los primeros, obtenemos la relación de *contraparte personal*. (...) Pero si asignamos mucho peso a los últimos, obtenemos la relación de *contraparte corporal*.

(...) en otros mundos yo (y mi cuerpo) no tengo contrapartes personales ni contrapartes corporales; o tengo contrapartes personales que no son contrapartes corporales; o tengo contrapartes corporales que no son contrapartes personales; o tengo contrapartes personales y contrapartes corporales que no son idénticas.

(...) la idea es que el sentido de un término de algún modo selecciona la relación de contraparte que ha de usarse para hallar las contrapartes de la cosa denotada por ese término. Los términos 'yo', 'tú', 'esa persona', 'la señora con la que te vi anoche', 'George', seleccionan todos ellos la relación de contraparte personal. 'Esta cosa' (señalando a mí mismo), 'este cuerpo', 'mi cuerpo', 'ese que será mi cadáver después de que yo muera', seleccionan todos ellos la relación de contraparte corporal»¹⁸.

¹⁸ Ver Lewis, 1971, pp. 50-53.

Una consecuencia de esa explicación es que los predicados modales son lo que H. W. Noonan ha denominado *predicados abelardianos*: predicados cuya referencia (es decir, la propiedad que denotan) puede ser afectada por el término sujeto con el cual se concatenan (ver Noonan, 1993, p. 134). De ese modo aunque Goliat sea idéntica a Lumpl, Lumpl podría haber recibido la forma de una bola pero Goliat no podría (suponemos, con Gibbard, 1975, p. 190, que la forma de una estatua le es esencial).

Según la noción intuitiva vaga de la distinción *de re/de dicto*, se diría que si los predicados modales son abelardianos entonces las atribuciones de propiedades modales no son en realidad *de re* porque la corrección de tales atribuciones depende del modo en que se represente el objeto. Pero de acuerdo con otra caracterización de la distinción

«(las) predicaciones modales son aún *de re*, no *de dicto*. Aún encontramos la cosa denotada en nuestro mundo real y luego encontramos contrapartes de esa cosa en otro lugar. No consideramos en absoluto las cosas denotadas por el término sujeto en otros mundos, como haríamos en el caso de una predicación modal *de dicto*»¹⁹.

No obstante, no sabemos si vale la pena elucidar qué caracterización de la predicación *de re* sea más adecuada. Es preferible concentrarse en otra afirmación de Lewis, que facilita la comparación de su concepción con una como la de Wiggins:

«He ofrecido un canje: en vez de una multiplicidad de tipos de cosas (*kinds of thing*) puedo tener una multiplicidad de relaciones de contraparte»²⁰.

La multiplicidad de diferentes tipos de cosas se desprende, efectivamente, de la teoría de Wiggins, pues éste utiliza una noción aristotélica de *propiedad substancial* (*substance concept*) determinante de las condiciones de identidad de los objetos; si F es una propiedad substancial entonces F determina (con o sin la ayuda de ulterior información empírica sobre la clase de los F) qué puede y qué no puede acontecer a un x en su extensión, y qué cambios tolera x sin dejar de existir (Wiggins, 1980, pp. 24, 64 y 68-69). Puesto que los cambios que la propiedad *ser humano* permite a un objeto que la posea son diferentes que los permitidos por la propiedad *ser un cuerpo*, los objetos que son humanos pertenecen a un tipo o género diferente que los objetos que son cuerpos. En general, se postulan diferentes tipos de cosas, con diferentes criterios de identidad, cohabitando idénticas regiones espacio-temporales (estatuas y piezas de arcilla, personas y cuerpos y sumas mereológicas de moléculas de personas,...). Lewis, por el contrario, mantiene el Principio CI postulando una multiplicidad de relaciones de contraparte (una quizá por cada predicado que exprese una propiedad substancial) que un único tipo de cosas (los ocupantes de regiones espacio-temporales, por así decir) mantienen con objetos de otros mundos posibles.

¹⁹ Lewis, 1971, p. 54.

²⁰ Lewis, 1971, p. 53.

Un opositor al Principio CI, como Wiggins, debe contar entre las naturalezas que han de ser explicadas la de ser persona y (diferente de ésta) la de ser cuerpo; la de ser estatua y (diferente de ésta) la de ser pieza de arcilla, etc. O, puesto de otro modo, debe contar con que haya condiciones que determinen cuándo ciertas partes constituyen o componen una persona y que haya también condiciones (diferentes de éstas) que determinen cuándo ciertas partes constituyen o componen un cuerpo, etc.

Análogamente, Lewis también debe contar con que haya condiciones que determinen cuándo ciertas partes constituyen o componen una persona y que haya también condiciones (diferentes de éstas ya que —aun si una persona y un cuerpo son idénticos, dice Lewis, si coinciden siempre— en general la extensión de «persona» y la de «cuerpo» no coinciden, ser cuerpo no es lo mismo que ser persona) que determinen cuándo ciertas partes constituyen o componen un cuerpo, etc.

Hasta aquí parece que ninguna postura resulta más económica. Pero Lewis postula, además, esa multiplicidad de relaciones de contraparte. Podemos suponer que una parte de la naturaleza de esas relaciones queda ya explicada por las condiciones que determinen qué sea en cada mundo posible poseer la propiedad correspondiente, es decir, que la elucidación de qué es, por ejemplo, ser persona ya reduce o explica parte del contenido de la relación de contraparte personal (aunque Lewis no descarta que algunas contrapartes personales tuyas no sean personas; ver Lewis, 1971, p. 54).

Pero, en nuestra opinión, para que el canje que Lewis ofrece sea equitativo haría falta que la otra parte del contenido de la relación de ser contraparte personal (aquella parte que expresaríamos intuitivamente diciendo que dos personas de diferentes mundos posibles son *la misma*) se obtuviera de un modo relativamente simple y sistemático (por ejemplo, porque fuera relativamente fácil analizar la idea de similaridad global entre objetos y pudiéramos, entonces, definir: el objeto X del mundo w_1 es contraparte personal del objeto Y del mundo diferente w_2 si y sólo si X es persona, Y es persona y no hay en w_1 ningún objeto globalmente más similar a Y que X; y análogamente con cualquier otra relación de contraparte). O para ser más exactos, haría falta que esa explicación que la concepción de Lewis proporcionara de (su versión de) la identidad transmundana fuera más simple que la que están también obligados a proporcionar los opositores del Principio CI²¹.

En definitiva, Lewis trata este aspecto modal de la robustez de los con-

²¹ Aparentemente habría una ventaja en las identificaciones de continuantes típicos con fusiones mereológicas que no ha sido consignada en la anterior discusión. Tales identificaciones tendrían un papel *reductivista* y/o explicativo de la naturaleza de tales continuantes a partir de entidades más básicas; un papel ausente en la alternativa que defiende Wiggins. No estamos seguros respecto a este punto, pero al pensar que eso es una genuina ventaja quizá estamos presuponiendo que una *multiplicidad de relaciones* (las relaciones que deben darse entre las partes básicas para que su fusión sea un continuante) es más ventajosa que una *multiplicidad de tipos de cosas*.

tinuantes mediante una teoría frente a la cual existen alternativas más naturales y, al menos, probablemente tan simples como ella. Esas observaciones, junto a las señaladas anteriormente sobre la vaguedad, sugieren que la concepción Quine-Lewis no es la más adecuada para acomodar el fenómeno de las diferencias aparentes de robustez entre entidades. Renunciar al Principio CI parece más conveniente.

Bibliografía

- Armstrong, D. M., «Reply to Lewis», en J. Bacon, K. Campbell y L. Reinhardt (eds.), *Ontology, Causality and Mind. Essays in Honour of D. M. Armstrong*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 38-40.
- Fodor, Jerry, «A Theory of Content, II: The Theory», en J. Fodor, *A Theory of Content and Other Essays*, Cambridge, MIT Press, 1990, pp. 89-136.
- Gibbard, Allan, «Contingent Identity», *Journal of Philosophical Logic*, 4, (1975), 187-222.
- Goodman y Leonard, «The Calculus of Individuals and Its Uses», *The Journal of Symbolic Logic*, 5, (1940), 45-55.
- Haslinger, «Persistence, Change and Explanation», *Philosophical Studies*, 56, (1989), 1-28.
- Johnston, Mark, «Is There a Problem About Persistence», *Proceedings of the Aristotelian Society Supplementary Volume*, 61, (1987), 107-135.
- «Constitution is not Identity», *Mind*, 101, (1992), 89-105.
- Lewis, David (1968), «Counterpart Theory and Quantified Modal Logic», en D. Lewis, *Philosophical Papers. Vol. I*, Oxford, Oxford University Press, (1983), 26-39.
- «Counterparts of Persons and their Bodies», en D. Lewis, *Philosophical Papers. Vol. I*, (1971), 47-54.
- *On the Plurality of Worlds*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.
- «Rearrangement of Particles: Reply to Lowe», *Analysis*, 48, (1988), 65-72.
- *Parts of Classes*, Oxford, Basil Blackwell, 1991.
- «Many, but Almost One», en J. Bacon, K. Campbell y L. Reinhardt (eds.), *Ontology, Causality and Mind. Essays in Honour of D. M. Armstrong*, 1993, pp. 23-38.
- Noonan, H., «Constitution is Identity», *Mind*, 102, (1993), 133-146.
- Quine, Willard Van Orman (1950), «Identity, Ostension and Hypostasis», en W. V. Quine, *From a Logical Point of View*, 1953, pp. 65-79.
- «Worlds Away», *The Journal of Philosophy*, 73, (1976), 859-863.
- «Events and Reification», en E. Lepore y J. McLaughlin (eds.), *Actions and Events*, Blackwell, 1985, pp. 162-171.
- Shoemaker, Sidney, «Identity, Properties and Causality», *Midwest Studies in Philosophy*, 4, (1979), 321-342.
- Unger, «The Problem of the Many», *Midwest Studies in Philosophy*, 5, (1980), 411-467.

Van Fraassen, Bas, «Singular Terms, Truth-Value Gaps, and Free Logic», *The Journal of Philosophy*, 63, (1966), 481-495.

Van Inwagen, Peter, «Four Dimensional Objects», *Noûs*, 24, (1990), 245-255.

Wiggins, David, *Sameness and Substance*, Oxford, Blackwell, 1980.